

Bauzá, Hugo Francisco; (2018) *Miradas sobre el suicidio*, 1.^a edición, Fondo de Cultura Económica, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 439 p. (ISBN: 978-987-719133-2).

El suicidio es un fenómeno que genera un enorme interés y, a su vez, provoca ciertos interrogantes en la medida en que se ha visto retratado en la historia universal a través de representaciones tanto artísticas como en diferentes terrenos del saber. En razón de la importancia de este tema, se presenta, de la mano de Fondo de Cultura Económica, uno de los trabajos más recientes de Hugo Francisco Bauzá, titulado *Miradas sobre el suicidio*. De manera muy detallada y comprensible, este libro realiza un análisis del suicidio que va desde el campo sociológico hasta la biología, pasando por las perspectivas psicoanalíticas y los estudios literarios. Bauzá, con esto, nos trae un itinerario de obras clásicas y contemporáneas para construir no solo un compendio sino también un *caleidoscopio* valioso para abordar la problemática. Este trabajo es de gran utilidad para alguien ya versado en el asunto como para todo aquel que incursiona por primera vez en el tema.

Este texto, que consta de 439 páginas, está organizado por un prólogo, un total de cinco capítulos, un epílogo, las referencias bibliográficas y, además, un provechoso índice de nombres.

El libro se inaugura con dos epígrafes. Grisé y Camus van a delimitar los horizontes de sentido a los cuales se refiere el suicidio: inaugura –como estos epígrafes– la libertad, o la clausura. Bauzá se moverá entre estas dos concepciones, entre ambos planteos pero nunca los desatenderá.

El prólogo se abre con las razones por las cuales se escribió este libro: anécdotas personales y encuentros –directos e indirectos– con el suicidio ajeno. De este modo encontramos, por un lado, su preocupación y curiosidad por un accionar tan específico como el suicidio; por otro, vemos qué influencia tiene “lo social” en este acontecimiento, así como también la apreciación que realiza la sociedad respecto a este último.

Asimismo, una de las primeras consideraciones que el autor manifiesta es que el ser humano concibe al suicidio como “tabú”. Sin embargo, esto se da al tomar la “apariencia” que tiene el suicidio como “asunto ajeno”, obviando que, de hecho, la posibilidad de una muerte autoinfligida está al alcance de todos. Bauzá destaca, con ejemplos, el aspecto inquietante que tiene este acto. Aún en aquellos casos en que se cree saber las causas últimas del suicidio, nunca sabremos las verdaderas razones que llevan a las personas a ultimarse: más que nada, en razón de que se contempla este acto desde la vida y no desde el umbral de la muerte.

El primer capítulo, “El hombre, un ser para la muerte”, inicia con una reflexión sobre la finitud de la vida, el tiempo y la muerte. Dentro de esta reflexión se sitúan filósofos y poetas tanto antiguos como modernos, por ejemplo, San Agustín, Píndaro, Horacio, Rainer Maria Rilke, que comparten en sus reflexiones la incertidumbre

frente a la existencia generada por la muerte, aquella que desde el parecer de Lucrecio se resume en el *taedium vitae* (“hastío de vivir”). Incluso Bauzá nos ofrece una perspectiva de cómo se vio el suicidio en relación a ciertos sucesos históricos. Cabe mencionar la atmósfera apocalíptica que generó la llegada del Año Mil y la lectura literal de las *Escrituras*, como también la peste bubónica. Por otro lado, el autor nos muestra las representaciones y la popularidad de la muerte que abarca la obra de arte, el teatro, filmes e imágenes de cementerios. Bauzá nos acerca la consideración que se tenía en el imaginario medieval del suicidio en relación a cuestiones religiosas. Este “tipo” de muerte resultaba vergonzoso, ya que se lo consideraba producto de la cólera de Dios y, por ende, los suicidas no eran enterrados en camposanto.

Continúa este capítulo con una reflexión sobre cómo es tratada la muerte, particularmente el suicidio, en Oriente. La tradición hindú lo toma como un eslabón más de la existencia, el judaísmo lo desaprueba y el islamismo lo condena fuertemente. Sin embargo, a partir de los estudios de Durkheim, el suicidio es abordado desde el foco de “lo social”, y, así, se lo desestigmatizó. Además de esta última posición, Bauzá expone la opinión tanto de psicoanalistas, psiquiatras, genetistas, biólogos, médicos y otros especialistas conformando un variado conjunto de ópticas sobre el suicidio. Concluye este capítulo resaltando la ubicuidad del suicidio y lo poco pertinente que resulta el hecho de cuantificarlo, ya sea estadística como numéricamente: cada suicidio es un caso particular, siempre merecedor de respeto.

El segundo capítulo, “Hacia el origen del imaginario suicida”, comienza con un recorrido que referencia y explica ejemplos de suicidas en la mitología clásica, extraídos directamente de las fuentes: Homero (las Sirenas), Sófocles (Yocasta), Séneca (Áyax, Heracles), Eurípides (Ino) y Ovidio (Narciso), entre otros. Además, Bauzá retoma la gran variedad de opiniones de filósofos y pensadores griegos, tal es así que el autor menciona que hay al menos dos posturas bien marcadas; una de corte idealista que se opone a la muerte voluntaria (órficos-pitagóricos-platónicos) y otra de corte inmanentista que la admite y en casos específicos la aconseja (cínicos-cirenaicos-epicúreos-estoicos). Bauzá da una explicación significativa de estas dos posturas.

Así también, Bauzá hace hincapié en la gran difusión que tuvo el suicidio en el mundo romano, siendo este fenómeno contemplado por el ámbito jurídico, el comercial y el filosófico. Las maneras de suicidarse tampoco pasaron desapercibidas y se dieron en todos los estratos sin ningún tipo de distinción, *i.e.*, clase social, como también casos específicos de suicidios, tales como el “suicidio del sabio”, el “suicidio por amor”, el “suicidio por sacrificio”, el “suicidio de alguna figura pública”, entre otros. Ejemplos de esta última taxonomía son enumerados por Bauzá, así contamos con algunos ilustres casos: Tarquino el Soberbio, Catón de Útica, Marco Antonio, Claudio Senecio, Afranio Quintiano, Petronio y Séneca, entre los más notorios. El autor destaca el influjo que tuvieron estas muertes en el imaginario popular. Bauzá toma el ejemplo del joven Antínoo (conocido por su relación con Adriano, motivo de un variopinto registro literario en el que contamos con Pessoa, Wilde y Yourcenar) y el significado de la particular muerte de este mancebo: la ausencia y la melancolía, características que retomarán Klibansky, Panofsky y Sakl. El autor continúa dando muestras del significado del suicidio en el imaginario antiguo, por ejemplo, para Platón el cuerpo del suicida representaba un *miasma*. Bauzá tampoco deja fuera las sanciones religiosas y sociales que se efectuaban sobre el cuerpo del suicida: prohibición tanto de la celebración de los ritos fúnebres como de sepultura, mutilaciones y vejaciones.

Finalmente, se cierra este capítulo con una referencia al Canto VI de la *Eneida*, donde Eneas realiza una *katabasis* hacia aquella región en la que se encuentran las almas de los suicidas y así se observa el destino que a éstas les corresponde. El capítulo termina con la referencia a una vieja superstición que relaciona la apariencia de las almas suicidas –al momento de sus muertes– con la melancolía. Esto servirá para comenzar con el tercer capítulo.

En “Arte, melancolía y muerte”, Bauzá comienza haciendo una breve alusión etimológica del término *melankholia* para luego retratar las principales opiniones que enlazan al genio con la muerte y la melancolía. Estos son los casos de Lombroso, Wittkower y Vasari.

El autor retoma la contigüidad que se estableció entre melancolía y suicidio tanto en la Antigüedad como en el Medioevo. Bauzá comenta que en la Antigüedad la melancolía era considerada como una patología de los seres humanos, provocada por el desequilibrio de los humores cuya referencia se encuentra en un texto erróneamente atribuido a Aristóteles. En el Medioevo la melancolía procedía de la *akedia* (“desazón”), que en ocasiones extremas llevaba al suicidio, razón por la cual era menester oponer resistencia frente a este “pecado”.

En pos del vínculo entre melancolía y suicidio, el autor retoma las opiniones de varios filósofos en torno a este último: Hume, Montaigne, Schopenhauer, entre otros. Teniendo en cuenta la anterior correspondencia, apareció la institución inglesa creada por el reverendo Chad Varah, “Samaritanos”, cuyo fin principal es el de prevenir este fatal acto. Bauzá trae a cuento nuevamente el trabajo cartográfico-etológico de Durkheim. Se establecen así correlaciones objetivas de este hecho con la enfermedad mental, el alcoholismo, las creencias religiosas, las ideas políticas, los niveles sociales y económicos.

Thomas Chatterton, John Keats y Lord Byron. La vida y la obra de estos poetas estaban unidas, por lo que sus muertes, si bien fueron diversas, son consideradas como una “cuestión del arte”.

Chatterton, Keats y Byron, representantes del prerromanticismo inglés, concibieron sus vidas como aquella materia artística que, adicional al lenguaje, compromete sus biografías con sendas obras. Luego, el autor da una serie de ejemplos de escritores de diferentes nacionalidades, entre los que destaca Goethe con su novela *Las penas del joven Werther* (1774), la cual provocó una ola de suicidios conocida como la “fiebre Werther”. En consonancia con este desafortunado hecho, también se realizaron pactos suicidas, v.g., el de Kleist y Vogel. Otros autores retrataron el suicidio en los personajes de sus ficciones, por ejemplo, Flaubert en su obra *Madame Bovary*.

Del mismo modo, Bauzá hace un recorrido por tres poetas de una sensibilidad e inteligencia reconocidas: Sylvia Plath, Alejandra Pizarnik y Delfina Tiscornia. El autor aborda sus muertes voluntarias y cómo estas escritoras plasmaron, a través de sus creaciones poéticas, la angustia, el dolor y la soledad que les tocó vivir.

Finalmente, Bauzá nos trae la mención de tres representantes de las bellas artes: Alberto Greco, Mark Rothko y Oscar Bony, quienes lograron mostrar con gran lucidez sus reflexiones sobre la muerte y el suicidio a través de su arte. Sus vidas estuvieron atravesadas por excesos, excentricidades y situaciones desfavorables que se vieron impresas en sus creaciones.

En el cuarto capítulo, “La desesperación ante la historia y el mundo”, el autor nos presenta un personaje de la historia argentina que fue político y poeta: Leandro N. Alem. Al igual que otras figuras mencionadas, Alem se suicidó. La desesperanza en

materia política fue la causa de su funesto fin. Con este ejemplo, Bauzá nos permite ver el estado crítico de desazón que reinaba en ese tiempo no solo en Europa sino también en Argentina.

Luego, Bauzá hace un recorrido por los principales referentes de la literatura y la poesía latinoamericana, ateniéndose a una descripción de sus vidas plagadas de circunstancias trágicas –cuestiones familiares– como en el caso de Leopoldo Lugones; otras igualmente desalentadoras, con el agravio que genera la enfermedad, como en el de Alfonsina Storni y de Horacio Quiroga.

Posteriormente, Bauzá nos presenta una serie de poetas, escritores y pensadores que ponen de manifiesto una atmósfera taciturna y decadente. Esto los llevó a expresar en sus obras la desesperanza y, en algunos casos, una tendencia al suicidio (Hugo von Hofmannsthal, Jacques Rigaut, Stefan Zweig). Así también, el autor expone otros ejemplos de figuras que, frente a situaciones desfavorables, tomaron el suicidio como la única salida posible, por caso: Arthur Koestler, Elizaveta Voronyanskaya, Rachel Bespaloff y, en especial, el caso de Walter Benjamin.

Respecto al caso de Benjamin, Bauzá nos brinda la explicación más aceptada acerca de su suicidio: con el cierre de la frontera franco-española de Portbou y el nazismo amenazando su vida, él toma la única vía que encuentra para terminar su trunco recorrido por los Pirineos.

El capítulo continúa con una referencia a Paul Celan, Cesare Pavese, Primo Levi y Ernest Hemingway, quienes a través de sus obras describen las atrocidades cometidas en tiempos de guerra. Son las vívidas menciones sobre campos de concentración, los sombríos recuerdos de trincheras y el desgarramiento existencial lo que podemos observar en las páginas de aquellos literatos. Podemos ver, en esta dirección, toda una generación de escritores italianos –se suman a los ya mencionados Levi y Pavese los nombres de Dino Buzzati y Vitaliano Brancati– que fueron afectados por esta penosa situación, angustiados y marcados por la huella del horror.

No pasa desapercibida la relación entre el suicidio y la política: casos ejemplares de este tipo de suicidio son las cobardes acciones llevadas a cabo tanto por Hitler como por Goebbels. Asimismo, Bauzá encuentra una contrapartida de estas figuras en el autor japonés Yukio Mishima, quien mediante el *seppuku* acabó con su vida en un ritual que pretendía, a través del honor, llamar a un golpe de estado para restituir el poder legítimo del Emperador.

El capítulo quinto –y final–, “Miradas y escenas literarias”, se inaugura con una mención al escritor ruso Dostoievski, a propósito de la tensión entre ateísmo y religiosidad presente en su obra. Dicha tensión genera en los personajes de sus ficciones una angustia que socava sus existencias. En una de las obras destacadas de Dostoievski, titulada *Los demonios*, Bauzá identifica la noción de “suicidio lógico”, “suicidio superior” desde la mirada Kirilov, personaje ejemplar del novelista ruso. Aquella consiste, brevemente, en una muerte voluntaria, premeditada y potenciada gracias al carácter absurdo de la existencia, siendo el hombre el único dueño de su propia vida. A dicho “suicidio lógico”, como veremos más adelante, Camus lo denominará como “crimen metafísico”.

Bauzá se detiene en una figura particular: Virginia Woolf. Su obra de carácter melancólico está signada por la tragedia, v.g., enfermedades, intentos de suicidio y muertes de familiares, que ayudaron a desarrollar su carácter lúgubre y a vislumbrar cierto anuncio de su muerte. El autor se detiene en el análisis de una de las obras más importantes de Woolf titulada *La señora Dalloway*. Esta obra constituye, a juicio de

Bauzá, un estudio sobre la lucidez, la locura y el suicidio, abarcado desde una doble perspectiva: la de los *cuertos* y la de los *alienados*. Igualmente, pueden hacerse relaciones con otros escritores, por ejemplo, el relato de Joyce “Los muertos” presenta similitudes con *La señora Dalloway*, principalmente en torno a la conciencia de la finitud que se cierne sobre los personajes de ambas historias.

Posteriormente, Bauzá describe un grupo de artistas que, bajo el nombre de “Dadá”, conciben un manifiesto en el que brindan su parecer sobre el arte y la vida. Este movimiento entendió la práctica del suicidio como “destrucción” tanto del *establishment* como de uno mismo. Ellos consideraron el suicidio como una suerte de *happening*, es decir, la muerte autoinfligida como acontecimiento, como obra de arte.

Bauzá exhibe la opinión de Camus sobre el suicidio remitiéndose, en especial, a su obra *El mito de Sísifo*. La perspectiva de Camus se abre con la conocida frase inicial de este libro, que versa sobre el problema *más* importante de la filosofía: juzgar si la vida vale la pena ser vivida o no. Para Camus, la vida es deseable, aunque se presente como “absurda”, ya que se desconoce su significado final. La postura de Camus en favor de la vida –la vida por sí y para sí– es una respuesta a las filosofías nihilistas y existencialistas que abordan la vida del hombre como una pasión inútil. Es así que el hombre debe rebelarse contra la tendencia suicida y apoyar la vida.

Cabe destacar dentro de este capítulo el papel que tuvo el suicidio en la novela *El amor en tiempos de cólera* de Gabriel García Márquez. La novela gira en torno al suicidio de dos personajes: Jeremiah de Saint-Amour y América Vicuña. El primero programa su suicidio apoyado en sus convicciones respecto a la vida y la vejez. La segunda se suicida por varias causas, entre ellas está su decepción por haber sido reprobada en el colegio, el olvido de su amante y padrino Florentino Ariza y, finalmente, el sentimiento de marginación que pesa sobre ella. Lo destacable de esta novela, según la mirada de Bauzá, es la relación entre *Eros* y *Thánatos*, que parecen correlacionados, como también, apoyado con la opinión de Terencio, la afirmación de lo inquietante y lamentable que resulta la decisión de quitarse la vida.

Bauzá hace referencia a uno de los escritores argentinos que, aunque no se suicidó, habló de la muerte voluntaria: Antonio Di Benedetto. Tal es la importancia del suicidio en la literatura de este escritor que le dedica un relato titulado “Los suicidas”. En éste se describen una serie de sucesos sombríos, siempre relacionados con el suicidio. Para este escritor, la muerte voluntaria es un acto de cobardía que, paradójicamente, exige mucho valor para ser llevado a cabo.

En la última sección de este capítulo, Bauzá nos trae tres figuras de la literatura que, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, trataron el suicidio: Bernhard Schlink, Patrick Modiano y Delphine de Vigan, quienes no se suicidaron pero sí decidieron tal destino para sus ficticios personajes.

En la novela *El lector* de Schlink, Bauzá observa las contradicciones que surgen en la mente de Hanna Schmitz, uno de sus personajes principales, y exhibe un análisis psicosociológico de lo que puede haber sucedido en la mente de los colaboradores forzados, o no, del nazismo. En *el café de la juventud perdida*, Modiano nos trae la muerte de una joven que asiste frecuentemente a un café y lo considera como un refugio frente a todo lo gris de la vida. Modiano describe la vida de esta chica y, en especial, como la idea de suicidio va cobrando vida en su mente. El autor trata de apresar la huidiza identidad de la joven, multiplicada por la diversidad de versiones de su muerte, y, más aún, sugerir el *porqué* de su muerte voluntaria. Delphine de Vigan, en su obra titulada *Nada se opone a la noche*, pretende reconstruir la vida de

su progenitora –Lucile– que se suicidó mediante la ingesta de somníferos. En este escrito, de Vigan recurre al pasado, luego al presente y, desde éste, nuevamente al pasado, hilvanando una narración entre dos tiempos orientada a recuperar la imagen de su madre a través del recuerdo. Es decir, explicar, desde el interior del relato, el progresivo deterioro y anunciado suicidio de su madre.

Luego de un gran –y justo– recorrido, Bauzá llega a una conclusión. Frente a un suicidio, solo nos queda la resignación y un respetuoso silencio en recuerdo de quien decidió acelerar su partida. Aquí vuelve la idea sartriana que considera al hombre como una pasión inútil para situar, en oposición a ésta, la de Camus, quien insiste en la necesidad de luchar denodadamente contra el absurdo de la existencia. La incondicionada libertad de la que gozamos como seres humanos consiste en luchar sin desmayo contra toda tendencia suicida, defendiendo siempre el acto de vivir, por más extraño, enigmático y, en ocasiones, hostil que pueda parecernos.

Se ha trazado un recorrido que comprende las partes, a nuestro criterio, más ricas del texto de Hugo Francisco Bauzá. Sin embargo, y tratando de “hacerle justicia” a esta voluminosa y erudita obra, podemos decir que el propósito ulterior de *Miradas sobre el suicidio* es el de quitar todo el soterrado prejuicio que nuestra sociedad generalmente consiente y reproduce, incluso bajo las formas de pena, condena o conmisericordia.

Este estudio merece un lugar sobresaliente dentro de la obra bauziana, enriqueciéndose tanto del Mundo Clásico como de la Modernidad, tanto del registro científico como del artístico, de la intuición como de la rigurosa investigación. Observar esta obra a la luz de anteriores títulos como *Voces y visiones*, *Qué es un mito*, *Virgilio y su tiempo*, sin nombrar todos los artículos de su autoría publicados por el Centro de Estudios del Imaginario [*L’imaginaire*] (CEI), deja en claro cuál es el alcance de las inquietudes de nuestro autor.

Dejando de lado todo marco teórico, todo corte epistemológico, toda disciplina, la mirada es aquello que le otorga respeto a la otredad, que se constituye en su relación con *el otro* como un *sí mismo*. Quizá este libro fue escrito como un cierto homenaje para los últimos alientos, las últimas acciones, el último de los pulsos. Quizá fue escrito como celebración: las fiestas y los funerales se celebran por igual: oda y elegía. Tal vez la obra se encuentra en ese indeci(di)ble *entre*, lugar donde son creados los sentidos. O quizá este libro no fue escrito para aquellos que ya no pueden sentir sobre sí la mirada sino para nosotros, que, aunque sabiéndonos “murientes”, todavía podemos mirar.

Carlos Dario Romero
cdarioromero@gmail.com

Gabriel Adelio Saia
gabriel.saia92@gmail.com